

civiles y militares. La mayor parte de los individuos del Gabinete que habían presentado su dimision el sábado por la noche, parecen haber consentido, segun se dice, en conservar sus carteras bajo la presidencia del mariscal, el cual se hallaría así encargado de la lugartenencia general del imperio. Tenemos motivos para creer muy fundados estos rumores, aunque sobre el particular no haya aparecido todavía ningun acto oficial.

«A la verdad, pocas veces ha pesado sobre un hombre de Estado una empresa más árdua ni una responsabilidad tan grave. El imperio está en peligro, el tesoro público exhausto, la confianza en el porvenir profundamente quebrantada, el ejército nacional es insuficiente, la opinion pública se halla casi desconcertada. Añádanse á estas dificultades mejicanas, los intereses y la vida de los residentes franceses que hay que asegurar, la influencia futura de nuestro país que mantener sobre este continente, nuestros aliados que proteger, y en medio de tantas complicaciones lamentables, preparar la evacuacion; tal es la empresa que hay que llevar á cabo. Ruda tarea, cuya realizacion sería muy comprometida, si estuviese confiada á otras manos. En estas circunstancias supremas, la Francia espera de todos nosotros concordia, abnegacion y auxilio mútuo.»

Para destruir el efecto que este artículo de *L'Estafette* produjo en el público, el gobierno hizo publicar en el 1866. *Diario del Imperio*, perteneciente al día 23 Octubre. la siguiente advertencia que, por orden del ministerio del interior, se envió al director de *L'Estafette*: «Ministerio de Gobernacion.—Seccion 4.^a—Señor Re-

dactor de *L'Estafette*.—Méjico, Octubre 23 de 1866.—De orden del Excmo. Sr. Ministro de Gobernacion me dirijo á V. manifestándole que son absolutamente falsas las especies que contiene su artículo de hoy relativo á las noticias que se han dado á V., de haber quedado encargado por S. M. el Emperador el Excmo. Sr. Mariscal Bazaine de la alta direccion de los negocios públicos, administrativos y políticos, de continuar los Ministros de S. M. bajo la presidencia del Mariscal, y de encontrarse S. E. encargado de la Lugar-Tenencia general del Imperio. Léjos de eso, ejerciendo S. E. el Mariscal las atribuciones que por su alto carácter únicamente le corresponden en el ramo militar, y con encargo especial de S. M. el Emperador al salir de esta capital para Orizaba, de conservar el orden público, ha ofrecido al Ministerio apoyar sus disposiciones en cuanto esté de su parte, para que la marcha administrativa siga su curso, como en los distintos viajes emprendidos por S. M.

»Como las falsas especies expresadas son muy alarmantes, y lo es todo el artículo que las contiene, el Gobierno de S. M. dispone que se haga al periódico que V. redacta formal advertencia conforme á la ley y para los efectos que ella dispone.—El Subsecretario de Gobernacion, *Antonio M. Vizcaino*.»

Como la inquietud de una parte no pequeña del partido conservador había ido en creciente desde el instante que el emperador salió de la capital, los redactores del periódico *La Patria*, no creyendo ver en la salida del soberano nada que pudiese dar motivo á la alarma, publicaron el mismo día 23 un artículo, procurado tranquilizar

á las familias conservadoras. El artículo decía así: «Luego que el *Diario del Imperio* anunció el viaje de S. M. á Orizaba, la opinion pública se sobresaltó, y se formaron diferentes conjeturas graves, que cada uno ha expuesto y fundado á su modo. La situacion ministra materia para las diferentes apreciaciones. Ayer, que S. M. iba ya en camino, la inquietud subió á más grado, y cada una de las primeras conjeturas se ofreció con más verosimilitud. Los espíritus están suspicaces, temerosos: no es extraño. Es el efecto de todas las crisis políticas ó sociales. Dejemos á cada uno discurrir, conjeturar, y probar á su agrado lo que teme ó lo que desea. Nosotros nos atenemos á lo cierto. Ni desconocemos lo crítico de las circunstancias, ni creemos en cuantos rumores públicos corren, ni en lo más bien conjeturado.

«La verdad es que ningun hecho político, ni de la intervencion, ni mucho ménos de la revolucion, ha determinado la salida del emperador. La verdad es que sigue gobernando con su Ministerio, como en sus frecuentes viajes á Cuernavaca, y aun en los otros que ha hecho á la misma Orizaba y por el interior. La verdad es que el Sr. Mariscal Bazaine está en buena inteligencia con el emperador; que S. E. aun fué de parecer que S. M. no saliera de la capital, y que le asegurara la cooperacion de sus armas para sostener las providencias del Gabinete y ayudar á la pacificacion. La verdad es que S. M. ni ha hablado con el Sr. general Castelnau, ni recibido ninguna comunicacion tocante al objeto de su comision, y que aun anteayer, habiendo llegado el emperador á Ayotla, á las doce del día, el Sr. Castelnau, que llegó algo despues, no

pudo hablar con S. M., por estar postrado de la calentura que le acometió de la una en adelante, como en los días pasados. La verdad es, en fin, que el Exmo. Sr. jefe del Gabinete, solo y despues con el Sr. ministro de Gobernacion, conferenciaron con el Sr. Mariscal Bazaine, y S. E. les hizo los ofrecimientos y protestas más satisfactorias, de sostener sus providencias y de sostener al emperador y su Gabinete en sus planes de pacificacion y administracion. Estos son hechos que coinciden con la salida del emperador.

«¿Dónde están los fundamentos de esas alarmas, ni de esos espantos de unos y regocijo de otros? No tardarán los hechos en desvanecer esas imaginaciones. Lo sucedido no es para tanta zozobra. Cátese que el emperador sale á menudo de la corte; que tiene asuntos graves en Europa; que en Orizaba recibirá más presto los pliegos tocantes á esos asuntos que se le anuncian de Europa; que desde allí despachará más pronto lo que urja para Europa. No es improbable que en aquel clima, que tanto le place, mejore su salud, bien quebrantada días há, y más alterada por la enorme pesadumbre de su augusta y prendada esposa. Quien haya tenido pesares y negocios de gravedad, no extrañará ver en S. M. ese desasosiego, ni esas determinaciones.

«Quien va de retirada, no dispone ni inicia negocios tan graves y delicados, como el último que S. M. comenzó al partir. El 20 del actual, horas antes de tomar el coche, S. M. ha nombrado su *Comisario Imperial ad hoc*, al Sr. Lic. D. Antonio Morán, ministro del Tribunal Supremo, para concurrir á las sesiones de los Prelados

diocesanos, ya reunidos en la Côte, en su mayor parte, para tratar del deseado y trascendental asunto del concordato, con recomendacion de que de ayer á hoy se comenzasen las sesiones. Tales negocios no se tratan ni se inician al partir, ni al dejar un gobierno, ni al abdicar, ni al hacer todo lo que se imagina y cuenta en el público. En resúmen, si las imaginaciones no han de buscar los hechos posibles ó futuros para procurarse el desasosiego, en lo presente no hay que temer, ni que esperar, sinó lo de siempre, y tal como si S. M. no hubiera dado un paso fuera de su palacio.»

1866. Algo, aunque no del todo, tranquilizaron
 Octubre. las precedentes reflexiones de los redactores de *La Patria* á las familias conservadoras. El nombramiento de comisario imperial en el abogado D. Antonio Morán, para concurrir á las sesiones de los prelados diocesanos inspiraba ciertamente confianza en el partido conservador. Magistrado de notable talento no ménos que de instruccion y de honradez, su aceptacion era como una garantía de la permanencia del emperador en el país. La mayor parte de los prelados se hallaban, con efecto, reunidos ya en la capital, y las sesiones de ellos debían empezar de un momento á otro.

El emperador Maximiliano continuaba entre tanto su viaje hácia Orizaba. El 24 de Octubre al llegar á la cima de las cumbres de Acultzingo, bajó de su carruaje para descender á pié las multiplicadas vueltas de aquel pintoresco camino. Abrigado con un largo sobretodo, y con un sombrero de copa alta y ala muy pequeña echó á andar rápidamente, con la cabeza inclinada, como entregado á

serias meditaciones, seguido de su médico el doctor alemán Basch. A las once de la mañana llegó al humilde pueblecillo de Acultzingo, situado al pié de las Cumbres, donde el cura le obsequió con una modesta aunque abundante comida. «Durante todo el viaje», dice el doctor Basch en un libro que ha publicado en alemán con el título de *Los últimos diez meses del imperio de Méjico*, «las poblaciones no cesaron de salir á recibir á Maximiliano transportadas de alegría.» Es que el sentimiento monárquico que se había generalizado en la proclamación del imperio, porque esperaban encontrar bajo su régimen la paz y la proteccion á los sentimientos religiosos, volvía á despertarse al ver que el soberano se proponía seguir la marcha que hizo esperar al aceptar el trono, conforme con el sentimiento católico expresado en las actas por los pueblos que las suscribieron. El día 27, cuando el sol empezaba á desaparecer en el horizonte llegó al agradable pueblo del Ingenio, escondido, por decirlo así, entre el espeso ramaje de los árboles. Un número considerable de personas, montadas unas en arrogantes corceles y otras á pié, se apiñaban á la entrada de la poblacion, á los lados del camino. Millares de indios de los pueblecillos inmediatos, con sus alcaldes y sus curas, completaban el

1866. animado cuadro del inmenso gentío que espe-
 Octubre. raba al soberano para manifestarle su adhesion, y acompañarle, victoreando, hasta la próxima ciudad de Orizaba, que distaba ménos de media legua. Al presentarse, las demostraciones de entusiasmo fueron extraordinarias y el aire resonó con mil vivas al emperador. Maximiliano, al saber que los habitantes de Orizaba y de

los alrededores le esperaban, quiso entrar solo, sin escolta ninguna en las calles, y por orden suya mandó el coronel Kodolich que hiciese alto su caballería francesa.

El emperador hizo su entrada en la industriosa y bella ciudad de Orizaba, en medio de las entusiastas aclamaciones de la multitud que le rodeaba, que ocupaba los balcones y azoteas, y del estruendo de los cohetes y de las salvas de artillería. El conde de Kératry confiesa este entusiasmo de los pueblos, diciendo: «A su entrada al Ingenio, á los lados del camino, una multitud de gente á caballo y á pié, y de clérigos seguidos de indios y de habitantes de Orizaba, esperaban al emperador para victorearle á su paso y escoltarle hasta la ciudad.» El doctor Basch asienta igual cosa: «En Orizaba», dice, «fué tambien muy cordial la acogida por parte de la poblacion. Entró Maximiliano en medio del estruendo de los cañones.»

Estas palabras del doctor Basch y aquellas en que asienta que «durante todo el viaje las poblaciones no cesaron de salir á recibir á Maximiliano transportadas de alegría», son la confesion arrancada por la fuerza de la verdad, con que destruye lo que había asentado al suponer impotente al partido conservador, puesto que ahora asegura que *todas las poblaciones transportadas de alegría* salian sin cesar á recibirle en su viaje, concediendo así notable potencia al partido conservador, puesto que los verdaderos imperialistas eran los individuos de ideas conservadoras, en las que resultaba la de las creencias católicas.

Estas contradicciones que se advierten en la obra del

doctor Basch, dejando aparecer sin intentarlo, la verdad al través de todos sus esfuerzos anteriores en contrario, se encuentran generalmente en todas las producciones en que cada autor abraza un periodo determinado de la historia, y refiere los hechos sin dar á conocer otros que les precedieron y vienen á ser, por decirlo así, consecuencia de los de las primeras.

1866. En la historia no hay efecto sin causa; y Octubre. por lo mismo, el escritor de conciencia que quiera dar á conocer realmente la verdad para que su libro sirva de enseñanza, debe, al referir los acontecimientos del periodo que abraza, eslabonarlos, aunque sea someramente, con otros anteriores, para formar la cadena completa de las causas que motivaron los efectos. Tengo la pena de verme precisado á decir, que las obras escritas por los escritores franceses, referentes al periodo de la intervencion y del imperio, carecen de ese indispensable requisito, resultando, en consecuencia, apreciaciones falsas que dan, no pocas veces, á los hechos un colorido diametralmente opuesto al que les pertenece.

El emperador Maximiliano se alojó, como lo había hecho en el viaje anterior, en la casa de don José María Bringas, persona muy apreciable en la buena sociedad de Orizaba y una de las más ricas de la poblacion. Es sensible que el conde de Kératry, guiado sin duda por falsos informes, haya asentado en su obra *Elevacion y caída del emperador Maximiliano*, que el expresado don José María Bringas «era el mayor contrabandista de Méjico.» Nada es más injusto que esa acusacion; y triste es que un escritor del mérito del señor Kératry la haya lanzado sin

conocer á los individuos de una sociedad que no trataba. Si el apreciable escritor francés que he mencionado, se hubiese tomado el trabajo de informarse de personas sinceras y de respeto, habria sabido que el expresado señor Bringas era un propietario respetable, y que no podía ser el mayor, ni aun el menor contrabandista de Méjico, puesto que no era comerciante.

Aunque el conde de Kératry, así como la mayor parte de los escritores franceses, por la cuestion referente á los bienes de la Iglesia, eran contrarios á los conservadores y les designaban con el nombre de *clerical conservador* ó solamente *clerical*, no por esto debían creer que era licito echar una mancha sobre la honra de ningun individuo respetable, sólo porque sus ideas católicas le hiciesen ver los asuntos referentes á la Iglesia de diversa manera que á los interesados en la nacionalizacion de los bienes llamados de *manos muertas*.

En el mismo día en que el emperador Maximiliano llegó á Orizaba y experimentaba la grata satisfaccion de haberse visto acogido por la poblacion entera de la manera más entusiasta y afectuosa, recibió una carta del mariscal

1866. Bazaine que acibaró su satisfaccion. En esa
Octubre. carta le recordaba el general en jefe francés que se aproximaba el momento en que debía ponerse en vigor la convencion sobre las aduanas, segun la cual se debía entregar á los comisarios franceses la mitad de los productos diários de la aduana de Veracruz. «Se aproxima», le decía Bazaine en la expresada carta, fechada en Méjico el 25 de Octubre, «el momento de aplicar la convencion sobre las aduanas, como se ha convenido entre el gobier-

no de V. M. y el de Francia. No habiendo aun recibido M. Danó respuesta alguna á la notificacion que dirigió con tal objeto, me ha informado que era su intencion confiarme á mí su ejecucion.

«Tengo el honor de dar cuenta de ello á V. M., suplicándole se sirva dar sus órdenes para la ejecucion de dicha convencion.»

El recuerdo no podía haber sido hecho en instante ménos oportuno. Nunca más que entonces necesitaba hacerse de recursos el emperador para organizar y aumentar el ejército nacional, y nunca más que entonces, por lo mismo, debió parecerle más sensible verse privado de los productos de las aduanas. Todas las desgracias parecían haberse dado cita para agobiarle. La Francia le retiraba su ejército, y percibiendo los productos de las aduanas le privaba no sólo de los medios de aumentar el número de tropas mejicanas, sinó aun de poder pagar el corto número de las que tenía. Se trataba por el gobierno francés de hacerle abdicar, para tener así un motivo de hacer regresar su ejército á Francia, con ménos desdoro, puesto que con la abdicacion acababa la necesidad de sostener fuerzas expedicionarias en Méjico.

1866. Tambien Maximiliano continuaba en su
Octubre. proyecto de abdicacion, á pesar de haber hecho creer á sus ministros que no saldría del país defraudando las esperanzas de los pueblos que le habían elegido soberano. Aunque ocultando su pensamiento, pero con el fin de no dejar trás de sí venganzas contra los que le habían llamado al trono, había entablado negociaciones con algunos jefes republicanos, sin que los conservadores que

le acompañaban hubiesen llegado á traslucir ni la más leve cosa respecto de ese delicado asunto. Pero lo que más le preocupaba al pensar en dejar el poder, era la suerte de los voluntarios austriacos y los belgas. Estos pensamientos, que ocupaban la mente del emperador, están expresados en una carta que con fecha 31 de Octubre dirigió á Bazaine desde Jalapa. La carta decía así: «Mi querido mariscal:—En las circunstancias difíciles en que me encuentro, y que, *si las negociaciones que acabo de entablar no tienen un éxito feliz* me obligarán á devolver á la nación el poder que me ha confiado, me preocupa, sobre todo, la obligación en que estoy de fijar la suerte de los voluntarios austriacos y belgas, garantizándoles el cumplimiento de las condiciones contratadas con estos cuerpos.

«Para conseguir este objeto, os envío á mi ayudante de campo el coronel de Kodolich, al cual acabo de confiar el mando del cuerpo de voluntarios austriacos, y está provisto de los plenos poderes necesarios para arreglar este asunto que me interesa más que ningun otro.

«Este oficial goza de mi entera confianza, y al poner en vuestras manos, en las de la Francia, tan sensibles por toda abnegacion, la suerte de unos cuerpos tan valerosos como adictos, espero con una seguridad plena el desenlace satisfactorio de este arreglo.

«Rebid, mi querido mariscal, la seguridad de los sentimientos de mi sincera amistad, con la cual soy vuestro muy adicto *Maximiliano.*»

Se ve por el contenido de la anterior carta, que el em-

1866. perador estaba todavía resuelto en esa fecha
 Octubre. á abdicar y volver á Europa, manteniendo sin embargo á sus leales ministros en el engaño de que no abandonaría el trono y continuaría cumpliendo con la misión para que había sido llamado.

Mientras el emperador ocultaba al ministerio sus intenciones, y durante el tiempo que se habían verificado los demás acontecimientos que pertenecientes al mes de Octubre dejó referidos, se efectuaron algunas operaciones militares de bastante importancia con alternativa fortuna. En Huichapan, una fuerza republicana fué derrotada por una columna de la legion extranjera perteneciente á las tropas que se hallaban bajo el mando del general Jeanningros, comandante del departamento de Querétaro. Los republicanos tuvieron treinta muertos, y dejaron en poder de los vencedores cincuenta caballos con todos sus arneses, abundante número de armas y muchas municiones.

En el Estado de San Luis Potosí, el teniente coronel imperialista D. Pedro Gonzalez, comandante accidental del primer regimiento de caballería, con los escuadrones primero y segundo del mismo cuerpo, alcanzó tambien otra victoria sobre las fuerzas republicanas acaudilladas por Aleman, D. Doroteo Leon y D. Pedro Macías. Los vencedores hicieron algunos prisioneros á sus contrarios, y les quitaron cosa de cuarenta armas de fuego, doce lanzas, cuarenta y dos caballos ensillados y algunas municiones. Afortunadamente el número de muertos y de heridos de una y otra parte fué corto.

Igualmente contraria se mostró la fortuna á las armas

republicanas en el *Rancho de San Miguel*, el día 20 de Octubre. El coronel imperialista D. Julian Quiroga puso en dispersion á una division republicana, causando á ésta bastantes muertos, cogiéndole algunos prisioneros y quitándole muchas armas y algunos caballos ensillado.

El 25 de Octubre, el general imperialista D. Ramon Mendez, comandante de las armas en el departamento de Michoalaca y Tancitaro, derrotó, cerca de la hacienda de Santa Fé, á las fuerzas reunidas de los jefes de guerrillas Bravo, Ledesma, Nuñez y García, que ascendían á ochocientos hombres. La accion fué reñida. Los imperialistas hicieron á sus contrarios cien prisioneros, de los cuales fueron fusilados algunos al siguiente día. El número de muertos que tuvieron los republicanos durante el combate, fué desgraciadamente bastante crecido. Los imperialistas tuvieron un jefe muerto y varios oficiales y soldados heridos. El general D. Ramon Mendez recomendaba en su parte, muy especialmente, entre otros, al comandante Ceballos, elogiando su valor y comportamiento.

No fueron ménos importantes los triunfos alcanzados, á su vez, por las armas republicanas en ese mismo mes. El general republicano D. Porfirio Diaz había puesto sitio á Oajaca, capital del Estado del mismo nombre, atacándola con vigor y con todas las reglas del arte de la guerra. La guarnicion, defendiéndose bizarramente, hacía difícil la toma de la plaza. D. Porfirio Diaz, sin embargo, se había propuesto rendirla; y contando con elementos suficientes para continuar el asalto de la ciudad, siguió atacándola y cortándole todos los recursos. No contando ya el gobierno

1866.

Octubre.

imperial con la cooperacion de las tropas francesas, y no teniendo suficientes fuerzas propias para atender á todos los puntos evacuados ya por los franceses en su movimiento de concentracion, se encontraba con dificultades para poder auxiliar á los sitiados. Nada de esto se le ocultaba al general republicano, y el espíritu de su tropa crecía á la vez que menguaba el de sus contrarios, á consecuencia de la voz general que circulaba de que el emperador iba á embarcarse para Europa. La llegada del general Castelnau á Veracruz, enviado por Napoleon para disponer el pronto regreso del ejército expedicionario á Francia y procurar que Maximiliano abdicase, aumentó la confianza de los republicanos y dió creces á los recelos de los imperialistas, viendo al emperador en la inaccion más completa en los instantes más supremos y críticos para los que le habían llamado al trono.

Nadie ignoraba en el campo republicano del general D. Porfirio Diaz, la mision que llevaba el enviado de Napoleon III. El periódico republicano que se publicaba en él, decía estas palabras, en los momentos en que Castelnau se dirigía de Veracruz á la capital: «El paquete de *Saint-Nazaire* acaba de conducir al general Castelnau »y al marqués de Galliffet, ambos ayudantes de campo de »Napoleon III. Castelnau no hace un misterio de su mision: dice que trae la orden de hacer abdicar á Maximiliano. Se pretende que, al caer el príncipe austriaco, »surgirá una convencion concluída desde antes entre los »gabinetes de Washington y de las Tullerías, sobre la deuda francesa. Se comprenderá que la abdicacion voluntaria ó forzada de Maximiliano es inevitable; las tenden-